
NUEVAS APROXIMACIONES METODOLÓGICAS AL ESTUDIO DE LOS
COMENTARIOS HUMANÍSTICOS: LA EDICIÓN COMENTADA DE
SIDONIO APOLINAR A CARGO DE GIOVAN BATTISTA PIO (1498)
A LA LUZ DE LA TEORÍA DE LOS POLISISTEMAS

JESÚS HERNÁNDEZ LOBATO
University of Oxford

EL ESTUDIO DE los comentarios humanísticos a textos grecolatinos, sin duda alguna una de las empresas intelectuales más ambiciosas y representativas del Renacimiento europeo, está marcado aún hoy por una trágica carencia: la de un marco teórico adecuado que permita entender su funcionamiento como obra inmanente y, al mismo tiempo, trascender las estrecheces de un análisis de contenidos para abordar su compleja red de relaciones extratextuales con los dos grandes polos a los que se orientan: por un lado, el del autor clásico comentado –según un esquema de apropiación y relectura del pasado literario; por el otro, el de la cultura contemporánea del comentarista, decidido modelar a su imagen y semejanza presente y futuro de la producción libresca.

Esa falta de un método adecuado para el estudio e interpretación de los comentarios humanísticos no debe en absoluto sorprendernos. Deriva, no en vano, de la insoslayable peculiaridad de su estatuto «literario», del hecho –entre otras cosas– de que tendamos a escribir entre comillas el «literario» de esta frase. En efecto: los comentarios constituyen una peculiar forma de literatura, tradicionalmente relegada –en su calidad de metatexto– a los márgenes del sistema de las «bellas letras», un singular limbo de los justos al que se catapultan sin más miramientos traducciones, tratados científicos, pasquines, novelas rosas o, en general, todo cuanto se nos antoje de dudosa literariedad. Son, sin embargo, textos periféricos de esta naturaleza los que han ido modelando durante siglos el restringido canon de *auctores legendi et imitandi*. Del éxito o del fracaso de sus propuestas ha dependido, en gran medida, el curso de lo que tenderíamos a llamar «literatura literatura» o «Literatura con mayúsculas», el resurgir de unos modelos y el olvido y la condena de otros. Nada más esclarecedor que el estudio de los comentarios renacentistas y su aparentemente desinteresada labor filológica para comprender desde dentro la tensión de fuerzas y egos que

condicionaba desde los márgenes de lo literario los virajes y vaivenes de la cultura visible de su tiempo. Pero ¿cómo abordar tales obras? ¿Cómo vencer las dificultades conceptuales que su estudio aún hoy nos plantea?

El presente trabajo propone y ensaya la aplicación sistemática del marco teórico de la llamada «Teoría de los Polisistemas» al estudio de los comentarios humanísticos (Even-Zohar, 1978, 1990 y 2005; Iglesias Santos, 1999). Esta teoría, formulada a finales de los 70 por el crítico israelí Itamar Even-Zohar, parte de una asunción liberadora: la producción literaria en cualesquiera coordenadas espaciotemporales se constituye como un sistema heterogéneo y dinámico –de ahí el nombre de poli-sistema–, que engloba y conecta elementos de muy diversa índole y pretensiones: desde un tratado técnico de cinegética a un poema petrarquero, desde un relato anónimo de regusto folletinesco a la traducción de una epopeya foránea. Así, por ejemplo, tan importante es para comprender el polisistema literario de la España del Siglo de Oro, el estudio de las magnas obras de Lope o Cervantes como el de las traducciones, comentarios, textos escolares o pasquines que invadían la escena intelectual de su tiempo, cuyo alcance e influencia dista mucho de poder considerarse menor. Por si esto fuera poco, este polisistema literario se entrecruza e intersecta con otros polisistemas igualmente heterogéneos –el de la pintura, la música, la filosofía etc.–, con los que se concierta –en un equilibrio extremadamente precario– para constituir el gran polisistema cultural de una época. Cada uno de estos polisistemas, a pesar de su carácter mudable y polimórfico, no son una amalgama informe de elementos inconexos; antes bien, se articulan internamente en un centro –en el que se alojan los componentes sancionados como canónicos– y una periferia, a la que se exilian todos aquellos fenómenos considerados marginales o indignos de atención. De acuerdo con la teoría de Even-Zohar, ninguno de los variadísimos elementos que conforman el (poli)sistema literario es intrínsecamente canónico, ninguno es por sus propios méritos Literatura con mayúsculas: su posición privilegiada en el centro del cambiante y heterogéneo polisistema literario, esto es, en el lugar que ocupan las piezas canonizadas como «alta literatura», es producto de una convención histórica –y por lo tanto dinámica– promovida por las entidades culturalmente dominantes de cada momento. Las obras no canonizadas se ven, de este modo, relegadas a la periferia del polisistema literario con la etiqueta genérica de «subliteratura» o «mala literatura», hasta que un cambio en el frágil equilibrio de tensiones intra- –o incluso inter- – sistémicas o una simple evolución en los criterios de las instancias culturalmente hegemónicas acaben por catapultarlas hasta el centro del polisistema literario, en un proceso conocido como «transferencia» (*transfer*), que puede desencadenar a su vez otros desplazamientos de signo contrario –esto es, del centro a la periferia–.

En el caso de la Italia de finales del siglo XV, las instancias culturalmente dominantes, las que decidían qué era y qué no era digno de ocupar un puesto en el cambiante canon literario, eran los humanistas, cuyo enorme peso social hoy tiende a resultarnos difícil de concebir. Pero este colectivo intelectual, lejos de ser homogéneo y monolítico en sus criterios y conceptos, se hallaba cada vez más dividido entre las diversas escuelas y tendencias de pensamiento que lo articulaban, cuyo enfrentamiento más feroz se habría de producir, precisamente, en los cruciales años que circundan la crisis finisecular del 1500. La singular condición del comentario humanístico, a caballo entre forma literaria periférica e instancia canonizadora de la «alta literatura», convierte a la Teoría de los Polisistemas en el instrumento

ideal para elucidar el funcionamiento de dichas piezas filológicas dentro del engranaje general de la cultura renacentista.

De ahí que hayamos decidido poner a prueba los resultados de nuestra propuesta metodológica mediante el estudio de la obra filológica y exegética del humanista boloñés Giovan Battista Pio, principal representante de una de las corrientes filológicas cuatrocentistas más radicales e innovadoras: el Apuleyanismo¹. Este movimiento intelectual propugnaba un drástico ensanchamiento del restringido canon de *auctores imitandi*: los modelos latinos dignos de estudio y emulación literaria no debían agotarse –como pretendían los cada vez más pujantes impulsores del Ciceronianismo– en el famoso binomio Cicerón-Virgilio, sino, antes bien, extenderse sin complejos hacia atrás y hacia adelante, para abrazar sea la latinidad arcaica de Plauto sea el barroquismo preciosista propio de las letras tardoantiguas, representadas por autores como Apuleyo o Sidonio. El centro de ese cambio de paradigma estético, que llevaría a sus últimas consecuencias las innovaciones estilísticas esbozadas por el desaparecido Poliziano, fue la Universidad de Bolonia², aglutinada en torno a Filippo Beroaldo el Viejo (1453-1505)³. Nuestro Giovan Battista Pio (c. 1475-1540), discípulo inquieto –y en ocasiones contestatario– de Filippo Beroaldo, fue sin lugar a dudas uno de los filólogos más influyentes y radicales del conflictivo periodo entre Quattrocento y Cinquecento, en el que se habría de dirimir una de las batallas estilísticas e intelectuales más relevantes de toda la historia del Humanismo.

Giovan Battista Pio, nacido en Bolonia en torno al 1475⁴, es el producto más radical del Apuleyanismo boloñés. Sus años de formación quedaron marcados, en el terreno filosófico, por el más que probable magisterio de Alessandro Achillini –que enseñó en Bolonia entre 1484 y 1512–, y, en el terreno filológico, por profesores de la talla de Bartolomeo Bianchini y, muy especialmente, el citado Filippo Beroaldo, con el que mantendría en el futuro una peculiar relación de *aemulatio*. Ya en el curso académico 1494/95, con apenas veinte años, lo encontramos impartiendo clases en la Universidad de Bolonia, en la que acababa de concluir sus estudios. Sin embargo, Pio se nos revelará muy pronto como un espíritu nervioso: a finales de ese mismo año (1495), abandonará el ambiente académico boloñés para probar suerte como hombre de letras en la pujante corte mantuana de los Gonzaga. Será nada menos que un personaje de la talla de Ercole Strozzi quien en 1496

1. El término «Apuleyanismo» –acuñado por oposición al de Ciceronianismo– responde a una convención crítica reciente: ningún humanista de dicha «escuela» se aplicó nunca el apelativo de «apuleyano». Lo encontramos, sin embargo, en un sentido muy próximo al actual en algunos escritos erasmianos, como el *De ratione conscribendi epistulas* (Erasmus, 1971: 218): *Et merito ridentur hoc nostro seculo quidam Apuleiani, et obsoletae antiquitatis affectatores*. Alentados por el uso erasmiano y en aras de una mayor precisión y comodidad mantendremos esa designación.

2. Sobre la Universidad de Bolonia y su papel en la vida cultural del momento *vid.* el capítulo «Quattrocento bolognese: università e umanesimo» de Raimondi (1972: 15-58). A este mismo respecto *vid.* Raimondi (1987), Anselmi (1988: 521-591), Avellini (1990), Chines (1992 y 1998: 69-124).

3. Una buena introducción sobre Beroaldo y su escuela humanística se puede encontrar en Ciapponi (1995); sobre diversos aspectos de su vida y obra en el contexto boloñés *vid.* Raimondi (1972) y Fazion (1984); sobre su método filológico resulta imprescindible el artículo de Casella (1975).

4. Para una exhaustiva discusión sobre su fecha y lugar de nacimiento, así como su estirpe familiar (muy probablemente la de los Andalò) *cfr.* Del Nero (1981: 247-248). Remito a ese mismo artículo para los detalles biográficos del humanista, a los que aquí prestaremos una atención meramente incidental. Sobre el quehacer filológico de Pio sigue siendo imprescindible la cuidada reconstrucción de Dionisotti (2003).

lo introduzca en el corazón mismo de la corte de Mantua, al sugerirle a la jovencísima esposa de Francesco Gonzaga, Isabella d'Este, contratar los servicios docentes del joven erudito (Luzio, 1887). Las razones que aduce Strozzi en favor de Pio resultan altamente reveladoras del ambiente intelectual que caracterizaba la Italia del momento, no solo en el hermético ámbito de las universidades, sino también –y sobre todo– en la atmósfera más frívola y mundana de las grandes cortes; según reza la carta de este insigne personaje a la marquesa d'Este: «La imparerà più vocabuli exquisiti in uno mese da epsio [sc. Giovan Battista Pio] che la non faria in tri da un altro» (Luzio, 1887: 27). Tal era precisamente el mayor atractivo de un personaje como Giovan Battista Pio dentro de la refinada corte de los Gonzaga: de hecho, su maestro Beroaldo lo define con gran acierto como *apprime eruditus et uenustatis uerborumque priscorum curiosus assectator* en el prólogo a sus comentarios plautinos (Pio, 1500: f. 2v). El joven boloñés mostrará toda su vida una predilección especial por el léxico exquisito, que habrá de buscar sin descanso en las inexploradas fuentes de la latinidad arcaica, la literatura técnica y la Antigüedad tardía. Pio, en su nuevo papel de *marchionalis doctor*, hace uso de un singular libro de texto, confeccionado por él mismo en honor de su ilustre discípula: la *Cebetis Tabulae interpretatio desultoria Pii ad illustrissimam Isabellam*, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca Nacional de Roma (V.E. 1072; *vid.* Benedetti, 2004).

Tras ese paréntesis mantuano, en 1497 el joven Pio decide mudarse a Milán, acaso persuadido por las posibilidades editoriales que le ofrecía la nueva capital. En ese nuevo emplazamiento la actividad ecdótica de Pio resultará, de hecho, verdaderamente efervescente: en los apenas tres años que el boloñés pasa en Milán, verán la luz las ediciones de Apicio (1498)⁵, Varrón (1500), Festo (1500)⁶ y Nonio Marcelo (1500), así como las obras comentadas de Fulgencio (1498), Sidonio (1498) y Plauto (1500), las tres piedras angulares de su audaz programa filológico. La apuesta de Pio es ambiciosa, pero coherente: establece –con la audacia propia de su juventud– las bases para la constitución de un nuevo canon literario, fundamentado en una reivindicación de la latinidad difícil y preciosista de los autores arcaicos y tardíos, otrora desdeñados. Su propuesta se concentra en dos núcleos de trabajo coherentes entre sí pero netamente diferenciados: por un lado, la edición de autores técnicos, cuyas obras, exentas de motivaciones literarias, permiten, sin embargo, al investigador el acceso a un ingente caudal léxico, difícil de hallar en autores más «convencionales»: es ahí donde se integran las grandes obras lexicográficas de Varrón, Festo y Nonio Marcelo y el exótico tratado culinario de Apicio; por otro lado, Pio reclama para

5. Sobre los problemas desencadenados por la publicación de la edición de Apicio, que no apareció bajo el nombre de Pio pese a estar comprendida en el plan inicial, *vid.* Dionisotti (2003: 76).

6. Esta sería, de hecho, la *editio princeps* de la obra de Sexto Pompeio Festo, que, tras haber estado perdida durante siglos, había aparecido en Nápoles hacia 1450 en un único manuscrito muy dañado por el fuego. El joven Pio demostraba, de esta manera, una notable rapidez de reflejos y una gran astucia filológica, al situarse en la vanguardia de la recuperación humanística de textos clásicos extraviados; en particular, la obra de Festo suponía una pieza crucial para la restitución de la importante tradición lexicográfica latina. El joven humanista parecía tener un enorme interés en asociar para siempre su nombre con el del reaparecido erudito tardoantiguo. No en vano, un autor como Festo cuadraba muy bien con los intereses científicos de Pio: su obra, un epítome del *De uerborum significatu* de Verrio Flaco, era una auténtica enciclopedia de palabras extrañas dispuestas por orden alfabético, donde un apuleyano como Pio podía encontrar todas las rarezas léxicas que precisara en cada momento. No debemos olvidar que el diseño ecdótico de Pio incluía otros dos lexicógrafos (Varrón y Nonio Marcelo), lo que nos da idea de la centralidad absoluta de dicha disciplina en el proyecto filológico de Pio.

el centro del polisistema literario renacentista a los grandes «olvidados» del mundo antiguo: las obras de la Antigüedad más abiertamente tardía –como las de Sidonio y Fulgencio– y las fraguadas en los albores mismos de las letras latinas –Plauto–, relegadas hasta entonces a un *status* meramente periférico dentro del restrictivo canon de *auctores imitandi*. Las obras de este segundo bloque, que constituyen la médula del proyecto filológico de Pio, se distinguen de las del primero por presentarse arropadas por un poderoso aparato exegético –sus respectivos comentarios–, encaminado a sancionarlas como centro legítimo del polisistema cultural renacentista, a resultas de la cuidadosa maniobra de canonización orquestada por Pio.

Como ya bien supo ver Dionisotti estos «testi disparati» de la etapa milanesa de Pio «insieme raffiguravano mirabilmente, con una coerenza e franchezza che va tenuta conto, il nuovo sistema umanistico cui egli [sc. Pio] mirava» (Dionisotti, 2003: 76). El proyecto ecdótico-filológico de Pio no consistía, por lo tanto, en una mera suma de textos inconexos caprichosamente seleccionados: se trataba, más bien, de una operación cultural de primer orden, mediante la cual el joven filólogo se atrevía a proponer un nuevo sistema de referencia –canon– para la recepción e interpretación de toda la literatura heredada y para producción futura de nuevas piezas, modeladas sobre las anteriores. La Teoría de los Polisistemas proporciona, en este caso, el modelo explicativo más adecuado para comprender la trascendencia real de esa sutil operación filológica, así como los complejos mecanismos culturales que su polémica puesta en marcha desencadenaba. No olvidemos que fue en un singular contexto de lucha por la hegemonía cultural entre grupos enfrentados de humanistas (principalmente apuleyanos y ciceronianos) donde se ubica la audaz propuesta milanesa de Pio, que pretendía darle un viraje boloñés al final del Cuattrocento que marcara todo el rumbo del siglo venidero.

En este panorama, parece claro que el joven boloñés estaba persiguiendo una suerte de «doble canonización», cuyas consecuencias habrían de ser determinantes para el desenvolvimiento de las trascendentales polémicas humanísticas de los albores del Cinquecento: por un lado, Pio mostraba su firme propósito de canonizar una forma de literatura –de la que Sidonio y Fulgencio habrían de ser abanderados– relegada hasta entonces a la periferia del sistema literario; por otro lado y de un modo implícito, el joven boloñés, que no contaba siquiera con 30 años, buscaba canonizarse a sí mismo como entidad canonizadora, es decir, como la instancia culturalmente legitimada para decidir qué es lo que debe o no debe formar parte del canon de autores *legendi et imitandi*. Pio era perfectamente consciente de que, si triunfaba en su temeraria apuesta por canonizar a Sidonio, él mismo quedaría canonizado por encima de todos sus colegas como un poder cultural investido de la autoridad para modelar a su antojo el canon del siglo venidero. Ese sutil mecanismo de la «doble canonización» se sustenta, en el fondo, sobre un argumento circular, pero no por ello menos efectivo: las obras de Sidonio son canónicas porque Pio, como instancia cultural superior, las canoniza con su autoridad, pero, a su vez, Pio se reviste de dicha autoridad solo en cuanto a que sea capaz de canonizar efectivamente esas obras. Se trata, en definitiva, no solo de una apuesta literaria por una modalidad de las letras latinas hasta entonces desdeñada, sino también –y tal vez ante todo– de un ejercicio de autoafirmación del joven filólogo frente a sus adversarios y colegas. Esto provocará choques con otras instancias canonizadoras, que rechazarán el canon de Pio y negarán la autoridad de

aquel para sancionar como canónica tal o cual obra. Así se explica la batalla campal que enfrentó a los ciceronianos y al propio Pio en los albores del Cinquecento, de la que trataremos con detenimiento en la siguiente sección de este trabajo: ambos grupos se batirían a muerte por la forma de poder que entraña la configuración del canon, es decir, la capacidad de decisión de un determinado colectivo sobre lo que leerán e imitarán las generaciones venideras y la hegemonía cultural que ello comporta. Leer es en definitiva una forma de poder, y no precisamente la menor. Pero Pio no solo buscaba afirmar su posición frente a sus opositores ciceronianos: el ambicioso filólogo aspiraba igualmente a elevar su voz sobre la de sus propios colegas boloñeses, que compartían con él las líneas maestras del proyecto cultural apuleyano. Prueba de ello es que el joven Pio se atreviera a abordar –sin haber cumplido siquiera la treintena– un comentario exhaustivo a las obras de Plauto, proyecto que su maestro Beroaldo y el célebre Merula, predecesor de Pio en la cátedra milanesa, llevaban muchos años acariciando (*vid.* Dionisotti, 2003: 77). Pio no solo llevará a cabo ese proyecto antes que sus veteranos colegas –lo que ya constituía de por sí una forma de desafío–, sino que apoyará sobre él y sobre la menos discutida autoridad de Plauto –al menos dentro de los círculos del Apuleyanismo boloñés⁷– la parte más polémica y transgresora de su programa filológico, aquella con la que el propio Beroaldo disentía abiertamente: llevar a autores tan tardíos y anticlásicos como Sidonio o Fulgencio al centro mismo del canon latino. De ahí que la postura de Pio y su arrogancia juvenil generaran muy pronto fricciones en el propio seno de la escuela de Bolonia, que acabaría por dejar solo al ambicioso filólogo. Por desgracia, las prisas del joven boloñés por alcanzar una posición hegemónica en el panorama humanístico de su tiempo harían que la calidad general de los importantes trabajos de este periodo flaqueara en no pocas ocasiones, como años después se vería obligado a reconocer el propio Pio. Sea como fuere, esa vertiginosa etapa milanesa, con todas sus virtudes y defectos, le permitió irrumpir con una enorme fuerza y con la vehemencia propia de la mocedad en el competitivo mundo de la filología humanística tardo-cuatrocentista, que habría de quedar convulsionado por la radicalidad y novedad de sus propuestas.

El carácter programático y canonizador de la peculiar empresa ecdótica de Pio, que buscaba ser entendida como un todo coherente y no como una suma de investigaciones filológicas independientes⁸, queda puesto de manifiesto por los versos finales del comentario a Plauto (Pio, 1500: f. 421r), que suponía el cierre y culminación de su ambicioso proyecto milanés; de ahí que la presencia de esos versos como colofón a una obra que

7. Sobre la recepción de Plauto en el Renacimiento *cf.* Hardin (2007). Como es bien sabido, la mayor parte de obras plautinas había estado perdida durante todo el Medievo, que solo parece haber conocido e imitado –pensemos en la singular producción de Rosvita de Gandersheim– el teatro de Terencio. La situación no cambió hasta que en 1428 Nicolás de Cusa (1401-1464) descubrió un manuscrito con 12 comedias perdidas, incrementando, de este modo, el número de piezas plautinas íntegramente conservadas, que pasaron a sumar un total de 20 –las mismas que hoy conocemos–. A partir de 1472 comenzamos a encontrar ediciones impresas de Plauto con una frecuencia y calidad cada vez mayores, al tiempo que se producían las primeras representaciones públicas de sus obras: en la corte del duque Ercole d'Este, en Ferrara, se escenifica la primera traducción en lengua vernácula de una comedia de Plauto. Pero sería la escuela boloñesa la que comenzara a apostar con mayor fuerza por el estudio detenido de la obra plautina –tradicionalmente marginada en relación con la de Terencio– por considerarla una fuente inagotable de rarezas léxicas y arcaísmos, tan del gusto de nuestro Pio y de su maestro Beroaldo.

8. De hecho, el conjunto del programa ecdótico de Pio aparecía ya preanunciado en el privilegio que encabezaba sus ediciones de Sidonio (Pio, 1498: f. 3v) y Fulgencio (Pio, 1498b: f. 3r).

cerraba todo un ciclo de trabajo se nos antoje particularmente significativa. El curioso poemilla, titulado *Io. Francisci Corpelli Fulgentii Sidonii et Plauti colloquium*, nos dibuja una simpática estampa: la conversación imposible entre los tres grandes «olvidados» de la literatura latina (Sidonio, Fulgencio y Plauto), que Pio había «rescatado» para su renovado canon de *auctores imitandi*, como una suerte de mesías de la latinidad tardía y arcaica:

Dum fora cum socio Fulgentius ima pererrat
 Sidonio, scenae cernit uterque patrem.
 Candida purpureum suffuderat ora nitorem
 Arctoum rutilans fronte micante iubar.
 “Plautus an hic?” aiunt; “Is Plautus, nempe. Decoro
 Vt nitet ampelinae fultus honore togae!”
 Conueniunt: “Latiae pater o generose Camoenae,
 Quis ualet Asclepi munus obire deus?
 Te nuper stygiis emersi liquimus undis:
 Quis tibi Atlantiades reddidit astra, pater?”
 “Qui superas” –inquit– “nuper uos duxit in auras,
 Me Stygio Alcydes sustulit ille Ioui.
 Me Pius Albana texit ferrugine⁹; Varro
 Quam dedit attrita, contulit ipse nouam.
 Plus mihi quam genitor dedit hic: obnoxia fati
 Membra pater, superos hic dat inire thoros”.
 “O certe Clarii genitum de sanguine! Sed quae
 Nostra deo tantum gratia penset opus?”
 “Quis” –referunt– “terras dat peruolitare, feramus
 His magnum pennis alta sub astra Pium”.

La imagen de Pio como una suerte de «redentor» de textos relegados será una constante de las *laudes* compuestas en su nombre: así por, ejemplo, leemos al final del mencionado comentario plautino unos versos de alabanza, que bien podrían resumir su controvertida apuesta filológica (Pio, 1500: f. 421v): «*Quam pius est Baptista Pius, charissime lector / qui facit extinctos uiuere saepe uiros*». Ese mismo mesianismo textual es el que parece haber llevado al boloñés a resucitar de su secular olvido la maltratada obra de Sidonio y reivindicarla para el nuevo canon literario por él defendido, a juzgar por los versos introductorios de su comentario, compuestos a la manera de un *technopaegnon* ausoniano (Pio, 1498: f. 3r): «... *exulta, illa ferox non Sidonium mors / abstulit a nobis: laetentur Pegasidum grex / atque Pium titulis ornemus perpetuis nos*»¹⁰. Ese afán por rescatar

9. El término femenino *ferrugo*, *-inis* es un derivado del sustantivo *ferrum* y significa, en primera instancia, «óxido»; puede designar, por extensión, cualquier color semejante al óxido, entre ellos, la púrpura. Este es, a mi juicio, el sentido que mejor se adapta a este oscuro pasaje de Pio, cuyo uso del vocablo *ferrugine* parece apoyarse en la indiscutible autoridad de Virgilio (*Aen.* 9,582: *pictus acu chlamydem et ferrugine clarus Hibera*). Así pues, estos dos versos podrían traducirse: «Pio me cubrió con la púrpura regia de Alba Longa; estando ya destrozada la que me dio Varrón, éste me trajo una nueva». Obviamente, esa preciada púrpura –heredera de la de los reyes latinos de Alba Longa– es una metáfora del comentario filológico de Pio, que se sitúa a sí mismo en la prestigiosa estela de los estudios varronianos. Gracias a él, Plauto puede volver a lucir sus espléndidas galas de antaño, dado que las agudas glosas de Pio han cubierto de nuevo su vergonzosa desnudez.

10. El poema en cuestión aparece encabezado por el título: «Balthazaris Tachoni ducalis scribae ad Nicolaum Corrigium uirum illustrem». Una composición análoga en su contenido se puede encontrar al final del comentario sidoniano, firmada por *Sebastiani Decii* (Pio, 1498: f. 145v): «Flebat in obscura, miserum, caligine mersus /

los textos de la latinidad periférica y darles un puesto en el discurso humanístico y literario de su tiempo será uno de los aspectos del programa de Pio que más ampollas levantará entre sus opositores. La batalla final, sin embargo, no tendrá lugar en Milán sino en Roma, tan solo unos años más tarde; y será precisamente otra modalidad marginal del polisistema literario –la del pasquín y el libelo– la que otorgará el triunfo definitivo al combativo bando ciceroniano, acabando de un plumazo con los sueños canonizadores de Pio y relegando a la rica literatura tardolatina a siglos de incuria, desprecio y olvido. Pero esa es otra historia.

BIBLIOGRAFÍA

- ANSELMI, G. M., L. Avellini y E. Raimondi, «Il Rinascimento padano», en *Letteratura italiana. Storia e Geografia*. II, *L'età moderna*, ed. A. Asor Rosa, Einaudi, Torino, 1988, pp. 521-591.
- AVELLINI, L. (ed.), *Sapere è/e potere. Discipline, dispute e professioni nell'Università medievale e moderna. Il caso bolognese a confronto. Forme e oggetti della disputa sulle arti*, Instituto per la Storia di Bologna, Bologna, 1990.
- BENEDETTI, S., «La *Cebetis Tabula* e Giovan Battista Pio tra “vocabuli exquisiti” e curiositas erudita», en *Roma nella svolta tra Quattro e Cinquecento. Atti del Convegno Internazionale di Studi, Roma 28-31 ottobre 1996*, ed. S. Colonna, De Luca Editori D'Arte, Roma, 2004, pp. 183-207.
- CASELLA, M. T., «Il metodo dei commentatori umanistici esemplato sul Beroaldo», *Studi medievali*, 16 (1975), pp. 627-701.
- CHINES, L. (ed.), *I lettori di retorica e humanae litterae allo Studio di Bologna nei secoli XV-XVI, Il Nove*, Bologna, 1992.
- , *La parola degli antichi. Umanesimo emiliano tra scuola e poesia*, Carocci, Roma, 1998.
- CIAPPONI, L. A. (ed., introd. y com.), *Filippo Beroaldo the Elder, Annotationes centum*, Medieval & Renaissance texts & studies, Binghamton NY, 1995.
- ERASMUS, D., *Opera omnia* (vol. 2), North-Holland, Amsterdam, 1971.
- EVEN-ZOHAR, I., *Papers in Historical Poetics* (= *Papers on Poetics and Semiotics* 8), The Porter Institute for Poetics and Semiotics, Tel-Aviv, 1978.
- , *Polysystem Studies*, número especial de *Poetics Today*, 11 (1990).
- , *Papers in Culture Research*, The Porter Chair of Semiotics, Tel-Aviv, 2005.
- FAZION, P., «‘Nuptiae Bentivolorum.’ La città in festa nel commento di Filippo Beroaldo», en *Bentivolorom magnificentia. Principe e cultura a Bologna nel Rinascimento*, ed. B. Basile, Bulzoni, Roma, 1984, pp. 115-134.
- DIONISOTTI, C., *Gli Umanisti e il volgare fra Quattro e Cinquecento*, 5 Continents, Milano, 2003 (1ª edición de 1968).
- HARDIN, R. F., «Encountering Plautus in the Renaissance: A Humanist Debate on Comedy», *Renaissance Quarterly*, 60 (2007), pp. 789-818.
- IGLESIAS SANTOS, M. (ed.), *Teoría de los Polisistemas*, Arco, Madrid, 1999.

Sidonius cupiens ire per ora uirum. / Forte Pion uidit: uocat hunc, et talia poscit: / Fac, precor, ut redeat pristina forma mihi. / Non ingratus ero: reddam pro munere munus, / aequa tibi mecum gloria semper erit. / Dicta Pios firmat. Squallorem dispulit. Ecce / Sidonium qualem reddidit ipse uidet?» Estos versos resumen con desusada lucidez el proceso de doble canonización al que Pio aspiraba con su edición sidoniana, tal y como venimos explicando en este trabajo.

NUEVAS APROXIMACIONES METODOLÓGICAS

- DEL NERO, V., «Note sulla vita di Giovan Battista Pio (con alcune lettere inedite)», *Rinascimento*, 21 (1981), pp. 247-263.
- LUZIO, A., *I precettori di Isabella d'Este*, Ancona, 1887.
- PIO, G. B., *Sidonii Apollinaris poema aureum ejusdemque epistole*, Vldericum Scinzenzeler, Milano, 1498a.
- , *Enarrationes allegoricae paularum Fulgentii Placiadis*, B. Chalcus, Milano, 1498b.
- , *Plautus integer cum interpretatione Joannis Baptistae Pii*, Vldericum Scinzenzeler, Milano, 1500.
- RAIMONDI, E., *Politica e commedia. Dal Beroaldo al Machiavelli*, Il Mulino, Bologna, 1972.
- , *Codro e l'Umanesimo a Bologna*, Il Mulino, Bologna, 1987 (1ª edición de 1950).

